

ca «resignación á la voluntad divina,» y el de *musulmanes* (resignados) á los fieles. El *cielo* y el *infierno* (*Gehenne*) no difieren mucho de estas mismas concepciones entre los cristianos. «Los que vivan en el jardín de las delicias,» dice el *Corán*, «descansarán en asientos adornados con oro y pedrerías, se mirarán frente á frente... Serán servidos por seres de eterna belleza y juventud; comerán de los frutos que apetezcan, y junto á ellos habrá vírgenes de hermosos ojos negros, parecidos á las perlas en el nácar... Los réprobos vivirán en medio de vientos pestilenciales y en negra humareda... beberán aguas hirvientes, etc.» [1]. Por esto se ha dicho que «el *Islamismo* es una herejía del *Cristianismo* para uso de los *árabes*.»

El culto consiste en orar «cinco veces al día,» anunciadas desde la mezquita por el *muezín* (pregonero): en *abluciones* «con agua ó arena» á horas fijas, antes de la oración, y en ayunar durante un mes (*Ramadán*). El *Corán* aconseja la limosna, la resignación á la voluntad divina, y prohíbe expresamente «beber vino,» «prestar con usura» y «cometer acciones ruines.»

En 632 murió Mahoma, y ya para 711 los *musulmanes* habían conquistado la *Siria*, la *Palestina*, la *Persia*, la *Armenia*, el *Turquestán*, parte de la *India*, el *Egipto*, *Trípoli*, *Africa* y *España*. Ninguna religión se ha propagado con mayor rapidez; el profeta prometió el paraíso á los que muriesen en el campo de batalla, en la guerra santa contra los infieles. Nadie pudo contener á estos fanáticos. Si la providencia de la historia no suscita á *Carlos Martel*, el héroe franco, tal vez toda la Europa habría sido musulmana; pero los destinos de la civilización occidental estaban más arriba, á donde no podía llegar la cimitarra de los *Califas*.

(1) Es indudable que Mahoma conoció las doctrinas de Moisés y de Cristo: pero muy incompletamente. Cuanto á los evangelios consta que sólo conoció los apócrifos.

CAPITULO III.

El Califato.—Conquistas de los Arabes.

I.—Abu Bekr, Omar y Otman. (632 á 636).



LA muerte de *Mahoma*, *Abu Bekr* (su discípulo), pronunció la oración en nombre del Profeta, y fué reconocido como «jefe de los creyentes» (*Califa*). De allí en adelante quedó establecido que el *Califa*, representante del Profeta, eligiera á su sucesor: la elección popular fué siempre nominal meramente.

Abu Bekr, que reinó solamente dos años, designó para sucederle á *Omar*, en cuya época comienzan realmente las conquistas, que continúan con el mismo brillo en la del *Califa Otmán*. Los árabes guiados por jefes decididos y animados por un espíritu fanático incontrastable, conquistan la *Siria* y la *Palestina*, apoderándose de *Damasco* y *Jerusalén*, que los degenerados bizantinos no pudieron defender; atraviesan el *Eufrates* y el *Tigris*, sojuzgan la *Persia*, al mismo tiempo que sus tenientes invaden el *Egipto*, sitian á *Alejandro* y la destruyen, [destrucción lamentable, pues que con ella perecen los restos de la Biblioteca de Tolomeo]; edificando poco después la ciudad de *Cairo*, á la derecha del *Nilo*, junto á las ruínas de *Menfis*.

Los pueblos sometidos por los *árabes* eran demasiado diferentes en costumbres y carácter, para que pudiesen permanecer por mucho tiempo unidos; así es que pronto apareció la división ó *cisma*.

II.—Alí y el Cisma.—Los Omriadas. (653 á 750.)

L cuarto Califa fué Alí [yerno del Profeta], que consideraba usurpadores á los tres Califas que le precedieron. Admitía, además del Corán, multitud de palabras y relatos, atribuidos al Profeta y á sus compañeros y deudos; mientras que otros se atenían al Corán escrito. Así es que á la muerte del yerno de Mahoma, dejó sembrado el Cisma y la división en el Imperio. Los partidarios de Alí fueron llamados *schíitas* [cismáticos], por lo que permanecieron fieles á los tres primeros califas, á la tradición [sunah ó sunitas]. Pero no se detuvieron por esto las conquistas.

En 660 comenzó una nueva dinastía, la de los *Omriadas*, que duró casi un siglo [750], y que llevó el estandarte del Profeta hasta las estepas del *Turquestán*, á las montañas del *Afganistán* y á los bosques y desfiladeros del *Himalaya*. En el Occidente, los árabes ocuparon todo el Norte de *Africa* (1); en 711, *Tarik* atravesó las «columnas de Hércules.» tocó la punta de la península [que dejó su nombre *Djebel-Tarik*, montaña de *Tarik*], y deshizo á la monarquía visigoda en la terrible batalla del *Guadalete*. Poco después, los incontrastables árabes, traspasan los *Pirineos*, avanzan hasta el *Loir* y son por fin contenidos por el ejército formidable de *Carlos Martel*, que con sus pesados escuadrones de guerreros francos machacó á los ligeros y veloces orientales; de donde le vino el apodo al caudillo [Martel, martillo]: había encontrado su dique el desbordado torrente del Profeta. [732].

(1) Kaleb al llegar al extremo occidental del Africa, dicen que hundiéndolo los pies de su caballo en el Océano, exclamó: «Dios es testigo de que sólo el mar me detiene, y me impide extender á todo el mundo la religión de Mahoma.»

III.—Los Abasidas.—División del Imperio.

A MITAD del siglo VIII [750], el «Gran Imperio» se dividió en dos califatos: el de «Oriente.» con su soberbia capital [*Bagdad*,] en las márgenes del *Tigris*; y el «califato de Occidente.» cuya capital fué *Córdoba* en *España*. Los descendientes de *Abul Abas*, [Abasidas], reinaron en *Bagdad*, habiendo derrocado á los *Omriadas* en 750; pero *Abder Rahman*, único vástago escapado del degüello de su familia, fundó en el desmembrado Imperio el califato de *Córdoba*. Uno y otro tuvieron una época brillante de grandeza y poderío, que dió al mundo el espectáculo de una civilización magnífica en medio de la barbarie y obscurantismo que dominaba á los pueblos germanos de Europa en aquellos calamitosos siglos [VIII al XI]. Mas, tan rápido crecimiento tenía que ser efímero: la conquista y la fuerza no son los medios más apropiados para fundar sólidamente la grandeza y la estabilidad de los imperios, los cuales perecen por los mismos medios; los jefes del *Turquestán* arrebataron en el siglo XI á los árabes el califato de *Bagdad*, y queda convertido en «reinos turcos» [1058]; á la vez que en *España* se desmorona del mismo modo el brillante califato en pequeñas porciones, [1051], presa en un tiempo no remoto de los reinos cristianos, sus eternos enemigos.

IV.—Gobierno y Administración.

SE ha dicho que la elección del califa era nominalmente popular, y en un principio se conservó la fórmula de que los *creyentes* reunidos nombraban, bajo la inspiración de Dios, al representante y sucesor del *Profeta*. Al ser nombrado *Jazid*, se observó esta fórmula, y él trató de satisfacer al pueblo en su oración diciéndole: «Estáis obligados á obedecerme por vuestra propia voluntad, y podéis destituirme si no cumplo mis promesas ni con la *Ley*. Pero después, cuando se extendió el Imperio, y las luchas religiosas

(cismas), se mezclaron con las políticas. la elección fué siempre por nombramiento directo del califa anterior. ó por revoluciones y violencias, como en el «Imperio bizantino.»

El califa, como sucesor del Profeta y comendador de los creyentes, debía pronunciar cada viernes una oración sagrada al pueblo; dar audiencias en épocas fijas y dirigir personalmente la administración. Mas, desde que creció el Imperio, y se corrompieron las primitivas costumbres, en la época de los *Abasidas* principalmente, se eximió de casi todos estos deberes, nombró un *Ministro* (Vizir), que desempeñara en lugar de él las funciones de gobierno, y el soberano se entregaba á los placeres en sus palacios y jardines, dominado enteramente por esa lepra de la sensualidad, que parece incurable en las monarquías orientales.

El gobierno en las provincias de uno y otro califato, era militar y despótico como en todas esas monarquías. A veces se rebelaban contra el califa, como pasó con *Marruecos* y *Korasán*, y éste no tenía fuerza suficiente para sujetarlas llegando en poco tiempo á constituir reinos independientes. En cada gran ciudad había un juez (cadí) encargado de administrar justicia entre los *musulmanes*; pero sin sujeción á un cuerpo regular de doctrina, sino ateniéndose á ciertas máximas vagas de moral y á sentencias del *Corán*. Lo cierto es que los *árabes* eran tolerantes como los romanos, dejando á los pueblos vencidos sus tribunales y hasta su culto. A esto debieron en gran parte su rápido desarrollo y crecimiento, pues que se asimilaban ideas, costumbres y conocimientos de todos los pueblos que dominaban. (1).

Una fuente de revoluciones en todos los pueblos musulmanes es la creencia en el *Mahdí* [inspirado por Dios], que vendrá algún día á luchar contra el mal, para restablecer en la tierra, ayudado por *Jesucristo*, el imperio de la justicia. Un *Mahdí* fundó el califato del *Cairo*, otro dió origen á la dinastía de los *Almohades* en *Marruecos*. Con esa creencia, cualquier fanático ambicioso se considera descendiente de *Alí* (Imán), levanta el estandarte del Profeta y ocasiona un trastorno y has-

(1) Solo en el califato de Bagdad había veinticinco obispos metropolitanos. A los cristianos les exigían: que no usasen espada, que no vendiesen vino, que no tocaran fuerte sus campanas y que no leyeran alto sus evangelios.

ta división en el Imperio, creyéndose elegido por Dios para restablecer la verdadera doctrina en toda su pureza, teniendo así la religión una influencia perniciosa en la política,

CAPITULO IV.

Civilización árabe en la Edad Media.

I.—Brillo de la Civilización Árabe.

DEL siglo VIII al XI, precisamente cuando el Occidente se hundía más y más en las tinieblas de la ignorancia, descendiendo hasta tocar los linderos de la barbarie, el Imperio fundado por los árabes despedía vivos resplandores desde las riberas del *Tigris* hasta las costas de *España*, superando en su *agricultura, industria y comercio* á todos los pueblos de la tierra, y en sus *letras, artes y ciencias* igualando, por lo menos, á la misma *Grecia* en sus más bellos tiempos. Los *árabes* habían salido casi salvajes de sus desiertos, pero al contacto de los pueblos civilizados de Oriente, en los cuales se había conservado la ciencia greco-romana, pronto se civilizaron y pudieron acrecentarla, gracias á un espíritu vivo y entusiasta.

Sin embargo, esta civilización, netamente oriental, gusta más de lo brillante que de lo sólido, de la ostentación y riqueza, que de las verdaderas comodidades de la vida y de los cultos placeres del espíritu. *Bagdad* y *Córdoba*, fundadas en la época de la mayor grandeza de esta civilización, fueron como la fórmula resumida, como el símbolo de los gustos y cultura de los *árabes* en la «Edad Media.» *Bagdad* tenía cuatro puertas de hierro con cúpulas doradas; el palacio del califa era, como la ciudad, una maravilla: contenía árboles de oro cubiertos de piedras preciosas, leones encadenados,